

SEMANA SANTA Y EL SANTO ENTIERRO

Nuestra querida prima, **María Auxiliadora Duarte Taleno**, me escribe el 15 Junio de 1994, para entregarme en una emotiva y cariñosa carta sus impresiones de Semana Santa.

“... Digo en parte porque mis recuerdos de la Semana Santa no se limitan a los buenos tiempos que tuvimos con nuestros amigos y familiares que cada año visitaban nuestro maravilloso pueblo. Sino que también experimenté la parte religiosa de la Semana Santa; las misas; las procesiones y las fascinantes dramatizaciones. Tales como el pase de la Biblia donde **Jesús** habla con la mujer de Samaria, que por muchos años fue protagonizada por **Uriel Duarte Robleto** y **Lillian Fernández Duarte**.

En Esa Época de mi adolescencia, yo disfrute de la Semana Santa no solo por la inmensa alegría que me causaba reunirme con familiares y amistades a los cuales solamente veía una vez al año y con quienes compartía momentos inolvidables en los paseos, serenatas, juegos de prenda y jalencias. También era maravilloso ver como el pueblo dejaba su monotonía cotidiana y se transformaba en un pueblo alegre y lleno de entusiasmo.

Como lo mencione anteriormente, Comalapa también sobresalía en sus actos religiosos y el pueblo seguía al pie de la letra los preceptos mandados por su Iglesia Católica. De tal manera que los comalapenses se preparaban con anticipación para las celebraciones asegurándose que la comida apropiada no faltara, especialmente pescados e iguanas y los tradicionales “tamales pizque”, pues desde el Jueves Santo ya no se comía carne, sino hasta el Domingo, después de la resurrección de Cristo. Los almíbares también eran una comida típica de la época. Pero lo más importante era la parte religiosa. Un día muy importante era el Viernes Santo, día que se celebraba con una larga y piadosa misa. A continuación de la impresionante ceremonia en la Iglesia seguía la procesión del Santo Entierro. Una manifestación extraordinaria e interminable y simulaba un entierro verdadero, donde ocho o más caballeros vestidos rigurosamente de luto, cargaban el cuerpo de Jesús en una urna de vidrio. Esta procesión duraba alrededor de 5 o 6 horas o más y créeme, pues no estoy exagerando.

**SABADO DE GLORIA:
JUDAS ISCARIOTE**

El Sábado de Gloria era un día fantástico para mí porque Judas Iscariote salía a robar en la noche. Esa noche mi tío Ramón Taleno se aseguraba que no quedara nada fuera de la casa. El día siguiente, Domingo de Pascua, Judas hacia su testamento. Heredaba las cosas que había robado a sus mismos dueños. Muchas personas del pueblo iban a la plaza a ver que les había robado Judas. Algunas otras no se presentaban por miedo de ser ridiculizadas, quizás porque sus propiedades los ponían en vergüenza.

Allí en la plaza se encontraban; tijeras de dormir, bancas, albardas, taburetes y, ropas que Judas en su incursión nocturna, encontraba tendida en los alambrados de los patios; bacinillas y muchos chunches más. Como te podrás dar cuenta el humor estaba en causar un poco de vergüenza a los dueños pues la mayoría los artefactos que se robaban no era cosa de valor, sino artículos viejos y ridículos. Judas, como también sabrás, lo representaban como un muñeco de trapo lleno de aserrín y los que hacían de Judas eran un grupo de personas con gran sentido del humor y algunas veces alguna pandilla de zánganos. El asunto era que a Judas lo capturaban ese mismo día y lo montaban en una mula para pasearlo por todo el pueblo y enseñarle a la gente que lo habían capturado. Después lo llevaban a la plaza y allí lo ahorcaban y sus herederos podían llevarse sus propiedades de regreso a sus casas. Muchas personas respetables, pero que tenían un gran sentido del humor, participaron en las robaderas de Judas. Me cuenta mi hermano Jorge que un año la Nehama Vaissman Hueck, Gladis y René Vargas Robleto se divertieron de lo lindo acompañando a Judas en sus travesuras.

LA PROCESION DE LA RESURRECCION DE CRISTO

Además de celebrarse la Muerte de Judas Iscariote, el Domingo de Pascua se celebraba la resurrección de Cristo. Salía la procesión del resucitado. San Judas se encontraba con la Virgen María para avisarle que su hijo había resucitado. La procesión se dividía en dos grupos: San Juan con sus Ángeles, los cuales salían de la entrada del pueblo cerca de donde Doña Eva y Toño Enríquez, y, el otro grupo; la Virgen María y sus Ángeles, salían desde el pie de la Lomita. Finalmente los dos grupos se encontraban por la casa de doña

Estebana Enríquez Vargas y allí se hacían reverencias. Para mí era una etapa maravillosa pues yo salía la mayoría de las veces de Ángel, eso me gustaba, porque me vestían con fina ropa de seda, con alas y diadema. Mi parte favorita era porque me aplicaban afeite en la cara, pintura de labios, sombras en los ojos y los polvos que coloreaban mi cara. Pero también no

dejaba de darme miedo, sobretodo cuando los hombre que me llevan en andas se agachaban para hacer las reverencias. Sentía que me iban a botar.”



Los Centuriones Uriel Duarte Robleto, Benjamín José Guerra Duarte, Edgard Sáenz Enríquez y Leonel Fernández Enríquez.

LA QUEMA EN LOS POTREROS

Al Tío Demetrio Duarte Enríquez, Maestro de mi curiosidad

En estos mismos parajes de la caza del venado, en la propiedad del tío Demetrio Duarte Enríquez, tuve la experiencia de participar en la quemazón de los potreros. Las fincas y haciendas generalmente tenían cercos de alambre de púas para cercar la propiedad y se preferían árboles de jiñocuabo, madero negro, tigüilote y cedros para sostener el alambrado, es muy común en las parcelas pequeñas situadas cerca de los poblados, vallar sus cercos con plantas de Piñuela para proteger sus sembrados y propiedades de los animales pequeños.

“La quema” se acostumbraban cuando preparaban las tierras para un nuevo potrero en la montaña o cerca de la Villa, cuando preparaban una huerta para sembrar o cuando los viejos potreros se saturaban de multitud de arbustos, zarzales y abundancia de malas hierbas. Estos potreros cerca del Cerro de las Cruces tenían tiempo de no cuidarse y estaban repletos de vegetación y maleza que perdían el poco zacate jaragua, tanto por el mal mantenimiento, un invierno poco intenso o por el intensivo uso y carga animal pastando.

El tío Demetrio me decía que los potreros se podían limpiar incendiándolos con una frecuencia de entre cuatro o cinco años, dependiendo del mantenimiento dado al pasto. La combustión facilitaba la inversión en mano de obra y abarataba los costos.

Semanas antes de la deflagración, ya en pleno verano, se enviaban varios mozos con machete para socolar los árboles más altos y confeccionar la ronda de un metro de ancho a lo largo de los cercos. El ancho machete de hoja filosa, resistente, se adentraba centelleante a ras del suelo guiado por el bordón, así eliminaban los tallos largos de los matorrales, arbustos

medianos y maleza ponzoñosa. Nos alistamos para ese día con sombrero de ala ancha, ropa gruesa: camisa manga larga y pantalón de dril o caqui, varejones flexibles y a mano sacos de bramante.

Se iniciaba la fogata una vez que se habían revisado las rondas y dispuesto el personal en los puntos estratégicos y se determinaba con precisión la dirección del viento. En sentido contrario al movimiento de las brisas se iniciaban pequeños puntos de ignición en la broza. Las llamas, aún contra el viento, se extendían rápidamente sobre la hojarasca seca, pronto se habían propagado unas diez hogueras formándose una franja de contención con las mismas llamas. Cuando el tío Demetrio creyó oportuno, ordenó extender la conflagración a favor del viento.

Una pequeña flama fue iniciada y como por arte de magia las llamaradas se alzaron y se extendieron con fuerza y velocidad temible, lenguas de calor revoloteaban y giraban alimentadas por el viento, saltando en busca de material inflamable. La expectación crecía conforme ascendía la voraz incandescencia. Desde dentro de la lumbre se disparaban vientos ruidosos como traqueteo de ametralladora, trepidantes chasquidos de las ramas y semillas al explotar por el altísimo calor generado. El aullante infierno en que se había convertido la carbonización del sitio, irradiaba ascendentes temperaturas que nos mantenía acalorados y sudando a mares. El ejercicio era continuo. Corríamos al aviso de que la pira estaba incontrolable en algún punto y estaba llegando al cerco de alambres con peligro de pasarse a los otros potreros ajenos. Luchábamos todos juntos con los bramantes, con los largos chirriones y arriesgando una quemada nos internábamos sobre el brasero en que se había convertido el sitio por las cenizas calientes y aventábamos tizones y derribábamos algunos arbustos que por efecto del abra-

zador torbellino levantaba chispas y pavesas al viento.

El chisporroteo era tremendo, los rescoldos calientes y sofocantes. Lenguas de calor corrían debocados por encima de los matorrales. La hirviente ignición devoraba y consumía todo lo que encontraba a su paso, vimos avanzar impetuosa las llamaradas hasta alcanzar el ancho círculo que se había preparado como contenedor y donde el fulgor debía terminar. El incendio se detuvo bruscamente. En el interior del potrero todavía rugía siniestro un poderoso foco ígneo, pero sabíamos que estaba bajo control. El potrero, libre de la humareda, aparecía despejado, limpio, a lo largo de su extensión solo quedaban troncos y árboles incandescentes, la mayoría de la vegetación había desaparecido convertida en cenizas calientes.

Con las primeras lluvias de mayo, se cubriría totalmente de pasto jaragua, moños frescos y reverdecidos.

Colofón

La quema la iniciamos de día, como a las dos de la tarde, cuando el sol había evaporado de la maleza todo signo de humedad.

¿Pero qué tal si estas escenas se hubieran sucedido de noche?

Para un observador en la cumbre del Cerro de las Cruces, nosotros estábamos formando parte de alguna milenaria ceremonia, de algún rito sagrado. La vorágine de fuego fatuo, los fognazos, la luminosidad desenfundada, los musicales sonidos con chasquidos, ruidos y cohetes en medio de pavesas de chispas y llamaradas y, los hombres danzando como poseídos por espíritus de los bosques.

Sería una leyenda en el corazon de la montaña chontaleña.

Aldo A. Guerra Duarte
Anthem, Arizona, USA
Revisado este domingo 29
de Noviembre, 2020